



LUIS GUSMÁN



**AVELLANEDA
PROFANA**

Colección Lector&s



Avellaneda profana

Lector&s

Colección dirigida por Graciela Batticuore

Luis Gusmán

Avellaneda profana

Índice de contenidos

Portadilla

Legales

FALSO UMBRAL

Rastros

El síndrome Pickwick

EL ALMA QUE CANTA

Cabeza disco

Canta, memoria

La novia de antes

Voz Tango

Por una muñeca negra

Milonguita

Percal

Sueño de novela

La abandoné y no sabía

Estampa tanguera

LA LLAVE

La infancia perdida

Libreta de ahorro

Cuéntame

El gráfico

A escondidas

Las cartas

Lectura desviada

AVELLANEDA

Calles paralelas

Réquiem

Mi club

Paredes pintadas

El trampolín

El mosca Villa

Navajas esquizofrénicas

EL PRIMER AMOR

La pecosa

Setenta veces siete

EL PUENTE

El riachuelo

Clase 44

LIBRERÍAS

Astral

1311

Martín Fierro

Viridiana

BIBLIOTECAS

Espiritista

Canje

Austera

La separación

PLAGIOS ESPIRITISTAS

El estruendo de las rosas

Ídolos y ladrones

El malentendido

TANGO GEMELO

El Tigre Millán I

El Tigre Millán II

LA PUERTA

Sésamo

Loca lectura

San Jerónimo, lector profano

Libros resucitados

Lo que ha sido herido

LECTOR CRUZADO

Un lector

Lista de obras mencionadas

Gusmán, Luis

Avellaneda profana / Luis Gusmán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ampersand, 2022.

Libro digital, EPUB - (Lector&s / Graciela Batticuore ; 15)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4161-83-3

1. Memoria Autobiográfica. 2. Literatura. 3. Escritura. I. Título.

CDD 808.8035

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2022

Derechos exclusivos reservados para todo el mundo

Cavia 2985, 1 piso (C1425CFF)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2022 Luis Gusmán

© 2022 de la presente edición en español, Esperluette SRL, para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Diego Erlan

Corrección: Fernando Segal

Diseño de colección y de tapa: Thölon Kunst

Maquetación: Silvana Ferraro

Primera edición en formato digital: junio de 2022

Versión 1.0

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-987-4161-83-3

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

A Maximiliano Crespi y Diego Erlan

*Este libro es autobiográfico
hasta donde es posible*
José Lezama Lima

*Evita, como evitarías una roca,
la palabra extraña*
Julio César, citado por
Samuel Taylor Coleridge

FALSO UMBRAL

RASTROS

Primero están los libros de la infancia: aquellos a los que – como diría Macedonio– siempre se está volviendo y que, aun cerrados, nunca pierden su condición de inolvidables.

Ya en la primera página de *Por el camino de Swann*, Proust relata el momento en que interrumpe su lectura y apaga de un soplo la luz para poder dormir. Se despierta de golpe y se figura, entre sueños, que aún tiene el libro entre las manos: “Durante mi sueño no había dejado de reflexionar sobre lo recién leído...”. El umbral entre la vigilia y el sueño es difuso: ni siquiera se da cuenta de que la vela ya no está encendida.

Es evidente que hay un primer umbral que cada lector cruza a su manera. Pero hay un camino anterior, incluso para el lector Swann, donde solo quedan los rastros de los libros que nos leyeron. Y, todavía antes, los cuentos que nos contaron.

En mi infancia la vida era dura y no había demasiado tiempo para contar. Sin embargo, en algún momento, alguien me leyó *Caperucita Roja* y *Pinocho*: dos libros que me daban miedo. ¿Cómo que el lobo devoraba a Caperucita? Eso no era nada. Todavía faltaba lo peor, quizás por la devoción que yo le profesaba a mi abuela. ¿Cómo podía ser que el lobo se disfrazara de abuela, y aún más terrorífico, que la abuela-lobo o el lobo-abuela devorara a Caperucita? Hay una versión del cuento de Perrault en la que el lobo no devuelve el cuerpo de la abuela, sino que queda por siempre en las entrañas del animal.

Pinocho, el muñeco de madera mentiroso. Cada vez que mentía le crecía la nariz. Pero eso no era lo más inquietante, lo que más me impresionaba era que no tuviera madre; era solo el hijo de un carpintero llamado Gepetto. Como en el linaje de Frankenstein: era hijo de hombre.

Pinocho, Frankenstein... conozco el padecimiento de esos personajes.

Gepetto había vendido su abrigo para comprarle cartera y libros, pero Pinocho no iba a la escuela y no aprendía a leer. En una primera versión, Collodi quería que a Pinocho lo ahorcaran por sus errores. La moraleja del cuento -entendí entonces- era que había que ir a la escuela y aprender a leer.

Las vicisitudes llevan al padre y al hijo de madera a terminar, como Jonás, tragados por una ballena que no tiene nombre pero que es tan famosa como Moby Dick. Una ballena que, al final, los termina escupiéndolos.

Caperucita y Pinocho son las dos historias que recuerdo. Perrault y Collodi son de esos escritores que, como dice Graham Greene, uno no consigue sacarse nunca de encima porque son los que cargan con el peso de la infancia.

Una vez alguien me contó que, en su infancia perdida, había aprendido a leer con un libro extraño en donde se unían dos relatos. El comienzo era una versión de la *Odisea* ilustrada para niños: el ojo en la frente de Polifemo se había impuesto en su memoria. Pero, de pronto, la historia griega se interrumpía y continuaba con *Alicia en el país de las maravillas*. ¿Era un recuerdo mal compaginado o era más bien un libro-valija, un libro escrito en jerigonza por una lectora de Lewis Carroll?

O, tal vez, era una lectura oscurecida o iluminada por los trabalenguas que después de *Alicia* yo encontraría en ese otro trabalenguas que lleva como título *Tres tristes tigres*. Solo Cabrera Infante podría empezar un libro así, tan habanero. Basta leer el epígrafe de Lewis Carroll: “Y trató de imaginar cómo sería la luz de una vela cuando está apagada...”.

Antes de empezar a leer, un umbral. Recordemos: el niño Emilio Renzi leía concentrado, absorto, hasta que su abuelo lo sorprendió: el libro estaba al revés.

El umbral de la lectura puede estar al comienzo o al final de una vida. Dashiell Hammett está enfermo de cáncer, los objetos que lo rodean se vuelven inútiles; el tocadiscos y la máquina de escribir permanecen en silencio. Su mujer, su amiga, Lillian Hellman, lo encuentra llorando. Sobre la mesita de luz hay un libro cerrado.

La noche anterior a que lo internen, Lillian sorprende a Hammett mostrándole un libro a la enfermera que lo cuida. Es un libro de pintura japonesa. Dashiell se despide de ella con un guiño y le besa la mano. El libro se desliza y cae al suelo.

Cuando es internado, el escritor rechaza los medicamentos. Cuenta Lillian que, “antes de la noche del libro vuelto al revés”, todavía tenía el plan de marcharse a Cambridge. En ese texto de despedida nunca se habla de ningún libro al revés. Hay que suponer que se trataba de aquel ejemplar de estampas japonesas.

En su autobiografía Graham Greene cuenta que, siendo un chico, les ocultó a sus padres que ya había aprendido a leer: especialmente a su madre, porque él quería que ella le

siguiera leyendo. Sin duda, prefería la lectura mediada por la voz de su madre, una voz que (creo) nunca describe en las páginas de su autobiografía.

Por el contrario, nadie como Julian Maclaren-Ross para contar con tanto detalle cómo su madre le leía y cómo luego le enseñó también a leer. El relato, “El alfabeto colorido”, está en ese libro inolvidable que es *Noches en Fitzrovia*, donde habla de esas lecturas que “tuvieron lugar antes de que pudiera leer solo”.

Pero si Maclaren no sabía leer, ¿cómo se enteró de que había un fragmento que su madre salteaba en el que unas bailarinas visitaban a un marajá para entretenerlo, y cuando lo invitaban a elegir a una para pasar el resto de la noche, descubrían que las jovencitas eran muchachos?

En el origen hay un cuento. El escritor comienza a atravesar el umbral y parece cumplir los pasos de un rito iniciático: “A leer me enseñó mi madre, y de una manera muy simple: leía en voz alta hasta llegar a un episodio emocionante y entonces dejaba el libro y se marchaba de la habitación con algún pretexto relacionado con los quehaceres domésticos”.

No me imagino la voz de la madre de Greene, pero sí la de Maclaren-Ross, una de esas voces que siempre crean misterio: “Mientras yo esperaba su regreso, carcomido por la agonía del suspenso, ocasionalmente arrebatada el volumen y trataba de dilucidar los signos indescifrables que había en la página”.

En esa desesperación me imagino a mí mismo no sabiendo leer y aterrado por no poder descifrar los símbolos espiritistas en los libros de mi madre.

Cuando atravesamos el umbral, cuando aprendemos a leer, experimentamos el suspenso, pero también el terror de

que ese saber aprendido no sea suficiente para descifrar el texto. Aun así, nos queda una libertad: la interrupción o la posibilidad de seguir leyendo depende de nosotros. No hay mejor descripción de ese momento que la que da Maclaren-Ross: “Un día esos signos ya no fueron indescifrables, y ella regresó y me halló en la mitad del capítulo siguiente; así resultó que el primer libro que leí fue *La isla de coral* de Robert Michael Ballantyne, una experiencia que, estoy seguro, comparto con muchos”.

Podría decirse que en el relato de Maclaren-Ross la sopa de letras está revuelta. Ese alfabeto con cada letra de un color diferente está antes y sirve como preludio necesario para atravesar el umbral: “Ahora que podía leer, comprendía plenamente el propósito de esas letras: las formas que trazaba con ellas se transformaban en palabras, y así desarrollé en el acto una obsesión por la ortografía”.

La madre de Ross era una contadora de historias. Ella le leía un libro que había escrito su propio padre, en cuya portada podía verse la foto del abuelo de Julian y un tigre de Bengala. El abuelo brillaba en su uniforme, y también en el pecho lleno de condecoraciones y medallas. Era uno de esos ingleses que habían estado en la India y su hija, la madre del escritor, había nacido en Calcuta. El abuelo le había regalado a su otro nieto, el hermano de Julian, un ejemplar de ese libro que este tuvo durante varios años hasta que, según dice, un día lo perdió.

El nivel de detalle con que Ross cuenta la historia es tal que parece que hubiera encontrado otro ejemplar del libro perdido: “Mi madre solía leerme, como algo muy especial, fragmentos de este libro que fue publicado por los señores Chapman y Hall; las partes que más me gustaban eran aquellas que trataban acerca de la caza de jabalíes y, por